

# FINSTERAARHORN

## Cúspide de los Alpes Berneses

*Luis Alejos*

1982.eko Uztailean Agustin Picado, Iñaki Kortazar eta Luis Alejos Kühboden-dik Konkordia (2.840) izeneko aterperaino igon ziren, *Europan handiena den Aletsch delako glaziartik* joanda. Eguraldi txarra egin zuen eta hurrengo eguna Finsteraarhorn-go aterpera joaten eman zuten. Aterpea 3.050 metrotan dago Finsterarhorn-aren mazelapean, SSW aldean, eta Bernako Oberland-erako ibilaldiaren helbururik nagusiena Finsteraarhorn-aren gailurrera (4.274 m.) heltzea zen.

Nos levantamos cuando estaba amaneciendo. El guardián del refugio no se había molestado en despertarnos porque el tiem-

po volvía a empeorar. Hubo quien prefirió continuar en posición horizontal; otros decidimos intentarlo al menos. Ya de día, ini-

ciamos la marcha por la parte trasera del refugio. En un instante alcanzamos la senda que asciende por la ladera de la muralla y sobre el glaciar. Visto de lejos resulta inimaginable que allí pueda existir una vira, perfectamente practicable, que posibilita subir al torreón (3.231) que se encuentra sobre el refugio, evitando así el tramo más pendiente del glaciar.

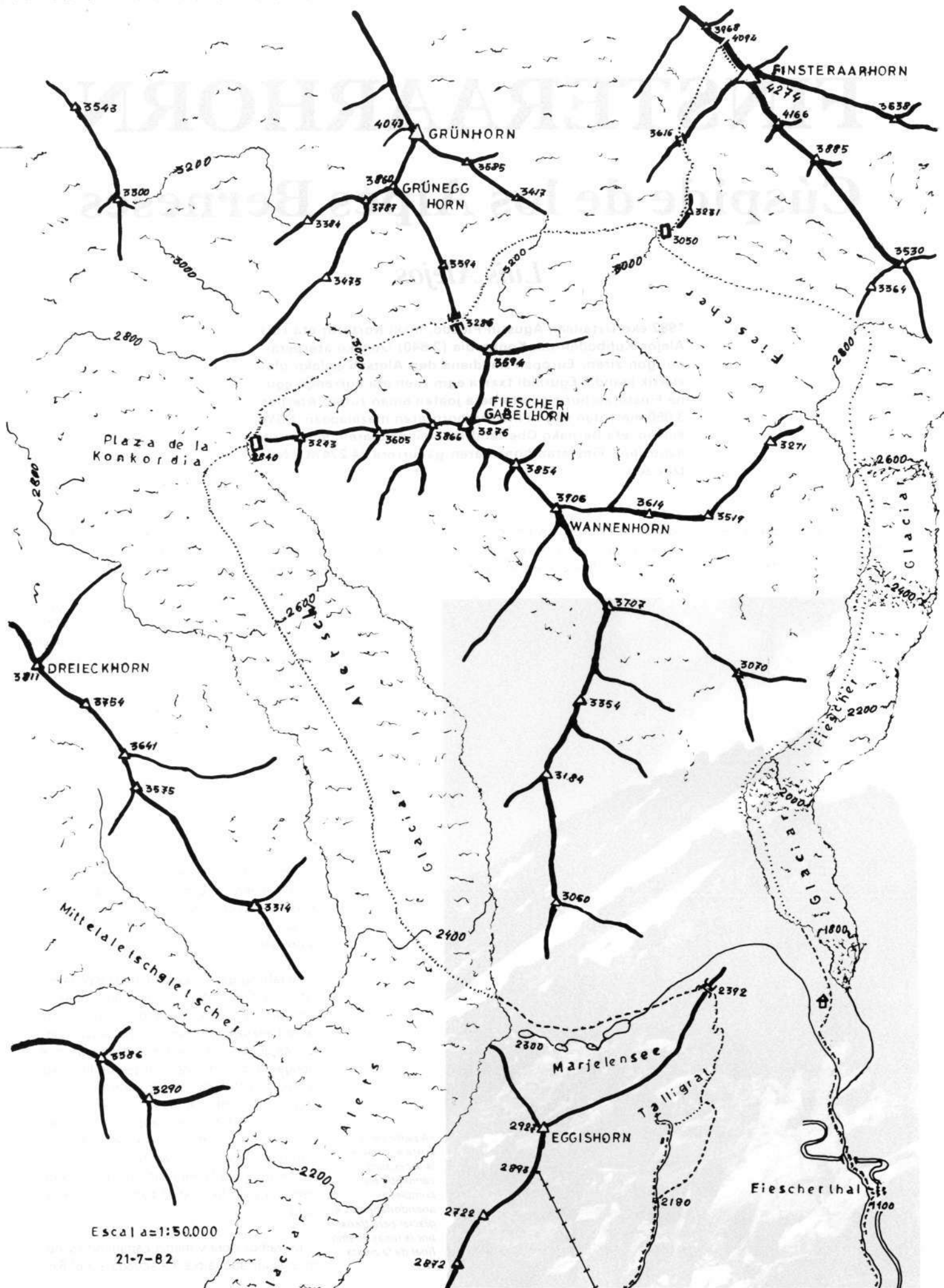
Al cabo de media hora estamos en el extremo de las rocas y al pie de los seracs. Varias cordadas se colocan allí los crampones; nosotros únicamente paramos para encordarnos. Luego penetramos en el glaciar y empezamos a remontarlo suavemente, avanzando primero en dirección a la cresta SE del Finsteraarhorn para bordear los bloques de hielo, y dándole la espalda una vez que los hubimos superado. La nieve resulta excesivamente blanda y su capa es tan ligera que en ocasiones emerge el hielo. En seguida aparecen algunas grietas fáciles de atravesar.

Al rato surge la esperada arista SW; la estábamos buscando con la mirada, pues es uno de los pasos claves de la ascensión. Ahora avanzamos directo al N, salvo cuando las grietas, cada vez más delicadas, nos obligan a dar un rodeo. Al pie de la cresta la escasa pendiente se yergue un poco. En seguida desembocamos en un terreno pedregoso por donde se avanza con facilidad, pese a estar cubierto de nieve fresca. En este punto se desvanece la arista formando una suave loma. Da la impresión de que ha sido derruida para facilitar el paso a la otra ladera.

Llevamos hora y media caminando y hemos alcanzado la brecha situada a 3.616 m.

*«A partir de la arista el carácter de la ascensión cambiaba por completo: abandonábamos el glaciar para trepar por la roca» (tramo final de la cresta NO).*





Escala = 1:50.000  
21-7-82

de altitud. Tenemos a la vista el glaciar de la cara SW; por él prosigue la ascensión. A nuestros pies queda una formidable cascada de hielo. Hacia arriba todo aparece cubierto. Nos colocamos tras la primera cordada que es encabezada por un guía. A partir de aquí la pendiente es más fuerte, pero ellos siguen sin crampones; nosotros hacemos otro tanto, aunque en ocasiones los echaremos en falta. Suponemos que por arriba la nieve estará más firme y tendrá mayor espesor.

La entrada en el glaciar fue un tanto delicada; hay que cruzar una grieta por un puente bastante deteriorado. El primero de nosotros se cuela hasta la cintura, los otros preferimos pasarla dando un salto de felino. Todos pensamos que la vuelta va a ser peliaguda, pues no es fácil brincar hacia arriba. Caminamos un rato sin sobresaltos, siguiendo plácidamente las huellas de quie-

subir, pese a que la niebla nos impidiese sacar las fotos de rigor. A partir de la arista el carácter de la ascensión cambiaba por completo: abandonábamos el glaciar para trepar por la roca, subíamos en camisa y nos tuvimos que poner las plumas para soportar el frío viento que azotaba la cresta. Lo realmente preocupante era que las piedras estaban cubiertas de nieve fresca. Las condiciones de la vía estaban muy por encima del fácil superior (F+) que establece el Alpine Club Guide Book. No es casual que las dos últimas cordadas diesen media vuelta en cuanto llegaron y vieron el panorama.

La cordada que iba delante nos seguía siendo útil; ahora nos limpiaban de nieve los agarres. Estaban muy cerca, pero no teníamos ningún interés en alcanzarles. Al guía le pagan para eso. Sin pretenderlo llegamos hasta ellos; resulta que se estaban poniendo

parlanchines; se tomaron tan a pecho el asegurar, que los primeros consiguieron desprenderse del pelotón. Podíamos adelantarles, pero suponía armar un pequeño lío de cuerdas; además, resultaba más fácil entender el italiano que el alemán. Nos desquitaríamos ganando el sprint de la cumbre.

Una vez superado el tramo de hielo la dificultad tendió a decrecer, no obstante, continuamos con los crampones. Persistía la molestia de la nieve fresca, pero los pasos aéreos por el filo de la arista y la trepada de grandes bloques de granito que formaban torres resultaba sensacional. En cuanto olfateamos la cima metimos la directa llegando cuando los suizos-alemanes la estaban desalojando. Con nosotros irrumpió el sol; hacía rato que se había entablado la lucha entre la luz y la niebla. Llegaron los italianos y uno de ellos, tartajoso por más señas, re-



«A la derecha del collado por donde habíamos venido aparecía la muralla rocosa del Grunhorn (4.043 m.)» [sacada en la cima. El Aletschhorn (4.195 m.) asoma tras el collado].



«A la izquierda del collado está el Fiescher Gabelhorn (3.876 m.), unido por una larga cresta al Wannernhorn (3.906 m.)» (vista desde la cima).

nes nos precedían. El guía pisaba fuerte, no importaba que la nieve continuase blanda.

Empezamos a vislumbrar la arista NO cuando los que iban delante estaban a punto de alcanzarla. Detrás de nosotros tres cordadas aparecían escalonadas a lo largo de la pendiente. Las grietas volvían a incordiarnos. Alcanzamos a los primeros junto a las rocas de la cresta, en el lugar denominado Hugiattel (4.094), otro de los pasajes clave de la vía. Así pues, al cabo de dos horas y cuarto de marcha habíamos superado la cota de los cuatromil. Alguien empezó a notar los efectos de la altitud, pero como llevábamos la reductora puesta para no alcanzar a los de adelante, consiguió aclimatarse sin necesidad de parar.

En todo el trayecto no habíamos visto el sol; desde luego nos conformábamos con

los crampones al pie de un pronunciado corredor. Mal debía estar para que a estas alturas se decidiesen a utilizarlos, así que no dudamos en imitarles. Mientras tanto llegó la tercera cordada que era ya la última. Sus ataduras eran más simples que las nuestras y el primero de ellos consiguió meterse en la pala de nieve antes de que estuviésemos listos, de modo que tuvimos que esperar a que nos tocase el turno.

## EL TECHO DEL OBERLAND

El guía continuaba dando muestras de su habilidad y fortaleza. Talló para sus clientes unos escalones formidables en el hielo y a los demás nos vinieron de perillas; como que subimos el corredor sin enterarnos. La cordada que nos tomó la delantera estaba compuesta por pareja y media de italianos

chazó el beso de enhorabuena de la compañera. A nosotros nos ofreció la mano; quitándose la manopla.

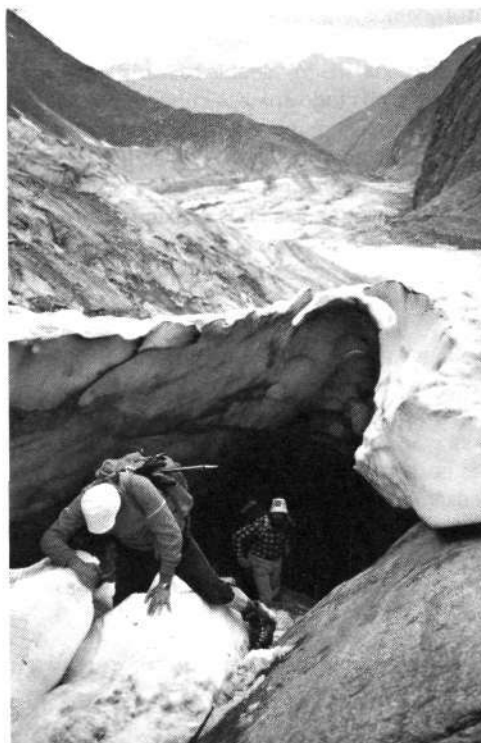
Aparte de su considerable altitud (4.274), el Finsteraarhorn es una hermosa montaña. Lo habíamos advertido al contemplarla por primera vez desde el col de Grünhornlücke, lo corroborábamos ahora al admirar entre jirones de niebla su espléndido entorno. Nuestra mirada se dirigió preferentemente hacia el SW, saltando por encima de la cadena de montañas que hay frente al refugio, hasta alcanzar la mole del Aletschhorn (4.195), segunda cota del macizo, que visto del E. se yergue desde el Dreieckhorn (3.811), formando una esbelta cresta de nieve.

Estábamos plenamente satisfechos de la ascensión realizada, pese a que las condi-



«Estuvimos observando la caída de seracs del glaciar S del Finsteraarhorn, contemplamos su afilada arista SE» (del glaciar Fiescher).

«Aquel túnel de hielo, con ducha fría incorporada, tenía unos 50m. de longitud» (en el glaciar Fiescher).



ciones, un tanto adversas, nos habían hecho emplear el doble del tiempo previsto en el tramo del cresterío: dos horas largas en vez de una. En total cinco horas desde el refugio. Tardamos lo mismo en ascender los 180m. de arista que 1.040 por el glaciar. El deseo de que el trío Jungfrau, Monch, Eiger, llegase a despejarse nos hizo permanecer una hora en la cumbre, junto a los italianos, que nos propusieron descender a la vez para ayudarnos mutuamente caso de que alguien fuese engullido por una grieta.

Avanzando «piano-piano», por terreno conocido, el descenso de la arista resultó sencillo. La fuerza del sol estival había diluido parte de la nieve acumulada en las rocas y el corredor estaba ya suficientemente tallado. Nada más cruzarlo nos quitamos definitivamente los crampones. En hora y media aproximadamente llegábamos al pie de la arista y en poco menos alcanzamos el refugio. La bajada hasta la brecha fue muy rápida; fuimos deslizándonos por los surcos abiertos en la nieve blanda, atentos siempre para saltar al llegar al borde de una grieta. Nos hundimos un par de veces, pero íbamos encordados y supuso más un juego que un riesgo.

## EL LABERINTO IMPREVISTO

La terraza del refugio estaba plagada de mochilas y gente. Paramos un rato a consumir la poca comida que nos quedaba y a las cuatro y media, después de decir *ciao* a los compañeros italianos que nos respondieron con un *agur*, emprendimos el regreso. Bajamos al Fieschergletscher y empezamos a re-

correrlo siguiendo unas huellas que aparecían en la ribera izquierda. En el primer tramo la pendiente es muy suave, caminábamos con despreocupación, convencidos de que nos encontrábamos sobre un glaciar semejante al Aletsch. Estuvimos observando la caída de seracs del glaciar S. del Finsteraarhorn, contemplamos su afilada arista SE.

Hacia los 2.800 m. de altitud, a unos 3 km. del refugio, vimos que las pisadas iban en dirección a un glaciar que empezaba a dejarse ver por el E. Sabiendo que nuestra ruta descende por la orilla derecha, estaba claro que no debíamos continuar por ellas. Así pues, decidimos pasar al lado opuesto. No había ninguna grieta, lo cual, en lugar de ser ventajoso suponía un inconveniente: las aguas del deshielo al no poder filtrarse formaban extensas charcas que por fuerza debíamos atravesar chapoteando. Además tuvimos que cruzar, dando un atrevido salto, dos furiosos torrentes que habían labrado su cauce en la superficie del glaciar.

Una vez en la otra orilla volvimos a caminar tranquilos. Para mayor seguridad al aproximarnos a una caída de seracs encontramos las señales de pintura que indican los itinerarios balizados. Hacia el E. surgió una cumbre, el Oberaarhorn (3.638), que teniendo una modesta altitud resulta sumamente atractiva. Evidentemente hacia allí conducían las huellas que habíamos abandonado; además es zona de paso al embalse Oberaarsee unido por carretera con la ruta del Grimsel. Aunque es preciso remontar 400m. de desnivel para alcanzar el col, es un buen itinerario de acceso al macizo. De

uno a otro refugio se tardan tres horas y media; en otras dos se llega al embalse descendiendo por el glaciar de Oberaar.

Eran ya las siete de la tarde y estábamos aún a 2.600m. de altura, mas como se trataba de un recorrido marcado no había motivos para estar preocupados. Las señales nos sacaron del glaciar, conduciéndonos por una senda discontinua casi horizontal a lo largo de una pedregosa ladera. Al rato las marcas tornaban al glaciar, sumergiéndose en la oscuridad de una gran cavidad. Supusimos que aquellos grandes bloques de hielo se habrían derrumbado sobre la senda, de modo que empezamos a buscar otra vía alternativa. No existe; más adelante la pared estaba cortada a pico. Volvimos al glaciar e inspeccionando el agujero pudimos comprobar que se trataba de una especie de rimaya subterránea. No quedaba otra opción que colarse por allí.

Aquel túnel de hielo, con ducha fría incorporada, tenía unos 50m. de longitud; desembocaba en una terraza rocosa, colgada de la muralla y despegada del glaciar. ¿Cómo salir de aquel embrollo? Después de calcular todas las posibilidades decidimos descolgarnos por el lugar de la pared más próximo al glaciar. Después era cuestión de tallar un bloque vertical hasta alcanzar la superficie. La altura era escasa, de modo que la operación concluyó pronto; además estuvo amenizada por un oportuno chaparrón. Desde el glaciar recuperamos la cuerda sujeta por un lazo y reemprendimos la marcha convencidos, cómo no, de que las nueve era ya buena hora para dar por definitivamente

concluido el capítulo de emociones imprevisas.

Caminamos otro trecho por el glaciar, atravesado ahora por grietas poco profundas, y estando aún por encima de los 2.000 m., cuando empezaba a esfumarse el día, nos vimos ante otra cascada de hielo. Aquí concluyó toda esperanza de salir del atolladero antes de que nos envolviese la noche. Destrepar la caída de seracs resultaba inviable; debajo teníamos un enrevesado laberinto de grietas que nos habría tenido en danza hasta el amanecer. Entonces se nos ocurrió pensar que los tramos balizados tal vez se encontraban en los parajes más peliagudos, de modo que dirigimos la vista hacia la pared y, en efecto, allí había unos redondeles rojos que nos iban a proporcionar la solución al enigma. Pero se trataba de una pared vertical, pulida por la acción de los hielos del cuaternario. ¿Cómo íbamos a subir por ella?

## ERRANDO DE NOCHE POR EL CAOS

La respuesta la encontramos al acercarnos: la muralla estaba equipada con cadenas. Nos encordamos y provisto cada cual de un autoseguro, consistente en ir pasando un mosquetón por la cadena, iniciamos una trepada a pulso. Superados alrededor de 40 m. comenzaba una larga travesía por una repisa, aérea pero fácil, que desembocaba en una terraza herbosa. Allá arriba, en el acantilado del glaciar, había todo un camino. Nuestra dicha fue breve; pronto empezamos a descender, acabando en una morrena, a oscuras y sin senda. Bajamos como pudimos entrando de nuevo en el glaciar que volvía a estar fácil.

A la luz de las linternas avanzamos pegados a la orilla, sabiendo que si lográbamos encontrar la senda que desciende al glaciar desde los prados de Marielen, aunque resul-

tase duro aún conseguiríamos llegar al coche y dormir en saco de plumas. El lugar no debe estar señalizado y junto al glaciar cada piedra semeja un hito. No fuimos capaces de localizarlo, de modo que nos hicimos a la idea de pasar el resto de la noche errando por aquel caos de rocas y barro. Descartamos la posibilidad de acostarnos; no había bloques con superficies lisas donde poder tumbarnos y, además, a nadie se le ocurre ponerse a dormir en una cámara frigorífica.

De pronto la pendiente se intensificó, y presintiendo por el ruido del agua que nos encontrábamos cerca de la lengua terminal del glaciar, proseguimos el avance entre las tinieblas. Entonces surgió lo inesperado: un pequeño muro de cemento; al acercarnos observamos que se alargaba más y más. Era un canal cubierto que sin duda nos conduciría, resulta paradójico, a la odiosa y ahora anhelada civilización.

Volvieron a aparecer los característicos lunares rojos que más arriba decoraban las rocas en los tramos señalizados. Al rato tropezamos con una cañería; la seguimos convencidos de que pronto encontraríamos una edificación. Estábamos en lo cierto, en seguida apareció un soberbio chalet. Husmeamos por los alrededores contando con que hasta allí debía llegar una pista, pero no vimos nada. Está visto que en Suiza hasta las carretillas de la construcción han sido sustituidas por el helicóptero.

Eran las dos de la madrugada y ya no nos quedaba humor para seguir caminando sin rumbo fijo, así que aporreamos la puerta en

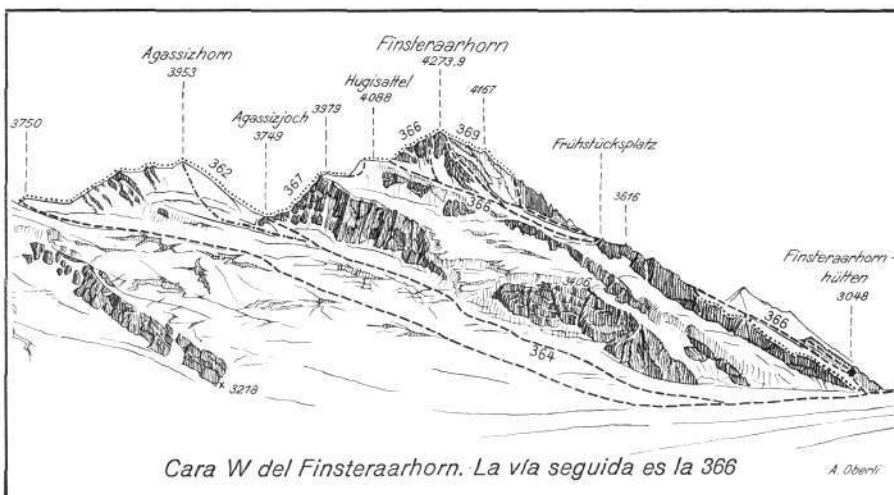
busca de asilo y al no obtener contestación inspeccionamos puertas y ventanas para encontrar un resquicio por donde colarnos dentro. No lo había, aquella casa era más hermética que un tanque. En la planta baja estaba la despensa y bodega; a través de los cristales podíamos contemplar hileras de botellas y baldas repletas de botes de conserva. ¡Qué sencillo era hacer saltar los cristales del doble ventanal con el piolet!

No somos ambiciosos; nos conformaríamos con instalarnos sobre unas tablas, bajo el alero que nos protegía del relente de la mañana, buscando el socaire pegados a la fachada. ¡Qué placer quitarse las botas tras 20 horas de llevarlas puestas! ¡Qué emoción, acostarse cara al cielo viendo las estrellas por la rendija del pasamontañas!

No sabemos si realmente dormimos o si despiertos soñamos dormir; el caso es que al alba nos pusimos en pie reempiendo la marcha. Junto al chalet había una inscripción que indicaba dos itinerarios para llegar a Fiescherthal: cruzando la loma del Titer, hasta donde llega un teleférico, o descendiendo un angosto barranco para enlazar con la senda de Marjelen. Preferimos este último por ser el más rápido. Descendimos una corta pared por una escalera metálica y nos dejamos llevar por un cómodo sendero hasta la orilla del torrente que desciende de Marjelen.

## Referencia:

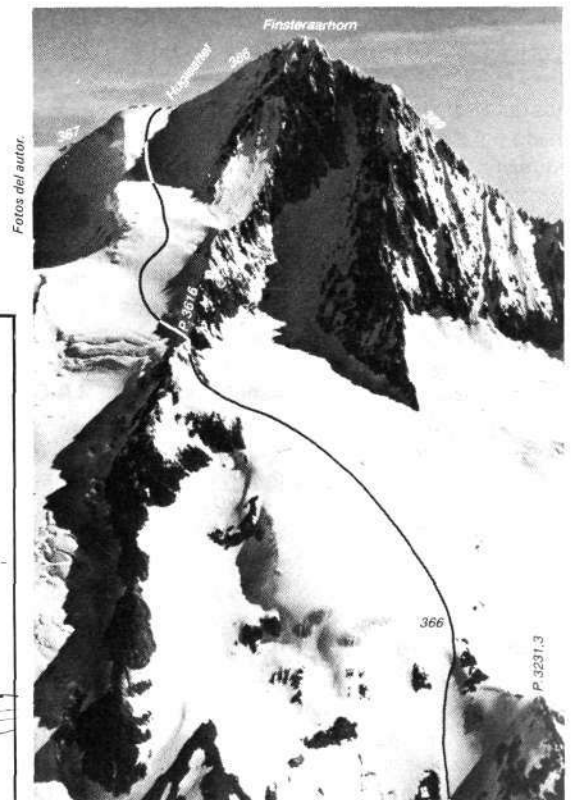
Guide de Alpes Bernoises. Sélection d'itinéraires. C.A.S. 1982, pp. 264, 265 y 401.



Cara W del Finsteraarhorn. La vía seguida es la 366

A. Oberli

Finsteraarhorn arista SW.



Fotos del autor.

P. 3231/3